

La verdad verdadera

¡Un suceso terrible! —dijo la gallina que vivía en el extremo opuesto de la ciudad, y no allí donde había ocurrido el suceso—. ¡Un suceso terrible en el gallinero! ¡Simplemente no me atrevo ya a dormir sola! ¡Menos mal que somos muchas en el perchero!

Y se puso a contarlo, de tal modo que las plumas de todas las gallinas se erizaron y la cresta del gallo se encogió. Sí, sí, ¡pura verdad!

Pero empecemos desde el principio, y todo comenzó en un gallinero en el otro extremo de la ciudad.

El sol se ponía y todas las gallinas estaban ya en el perchero. Una de ellas, una patiblanca de patas cortas, gallina en todos los sentidos honrada y respetable, que ponía puntualmente el número debido de huevos, tras acomodarse bien, comenzó antes de dormir a limpiarse y arreglarse. Y —he aquí que una pequeña pluma se desprendió y cayó al suelo.

—¡Mira cómo ha volado! —dijo la gallina—. Bueno, no importa: cuanto más te arreglas, más guapa te vuelves.

Esto fue dicho así, en broma; la gallina era por naturaleza de carácter alegre, pero ello no le impedía en absoluto ser, como ya se ha dicho, una gallina muy, muy respetable. Con esto se durmió.

En el gallinero estaba oscuro. Las gallinas estaban sentadas juntas, y la que estaba sentada lado a lado con nuestra gallina aún no dormía: no es que escuchara a propósito las palabras de la vecina, sino que las oía de refilón; ¡así es como debe hacerse si se quiere vivir en paz con los prójimos! Y he aquí que no pudo resistirse y susurró a su otra vecina:

—¿Has oído? No quiero nombrar nombres, pero entre nosotras hay una gallina dispuesta a arrancarse todas las plumas con tal de verse más bonita. ¡Si yo fuera gallo, la despreciaría!

Justo encima de las gallinas, en su nido, estaba una lechuza con su esposo y sus polluelos; las lechuzas tienen un oído agudo y no perdieron ni una sola palabra de la vecina. Todas ellas, mientras tanto, giraban intensamente los ojos, y la lechuza madre agitaba las alas como si fueran abanicos.

—¡Chist! ¡No escuchéis, hijitos! Aunque, claro, ¿ya lo habéis oído? Yo también. ¡Ay! ¡Se me erizan las plumas de solo pensarlo! ¡Una de las gallinas ha olvidado tanto el decoro que se ha puesto a arrancarse las plumas directamente ante los ojos del gallo!

—¡Cuidado, aquí hay niños! —dijo el padre lechuza—. ¡Delante de los niños no se habla de tales cosas!

—¡Hay que contárselo de todos modos a nuestra vecina la lechuza; es una persona tan amable!

Y la lechuza madre voló hacia la vecina.

—¡U-gu, u-gu! —gorjearon después ambas lechuzas justo encima del palomar vecino—. ¿Habéis oído? ¿Habéis oído? ¡U-gu! ¡Una gallina se ha arrancado todas las plumas por culpa de un gallo! ¡Se helará, se helará hasta morir! ¡Si es que no se ha helado ya! ¡U-gu!

—¡Cur-cur! ¿Dónde, dónde? —arrullaron las palomas.

—¡En el patio de al lado! ¡Casi ocurrió ante mis propios ojos! Es simplemente indecente hablar de ello, pero es la pura verdad.

—¡Creemos, creemos! —dijeron las palomas, y arrullaron a las gallinas que estaban abajo—: ¡Cur-cur! Una gallina, aunque otros dicen que incluso dos, se han arrancado todas las plumas para destacarse ante el gallo. ¡Una empresa arriesgada! Así es fácil resfriarse y morir pronto; ¡pero es que ya han muerto!

—¡Quiquiriquí! —cantó el gallo, subiendo a la valla—. ¡Despertaos! —Aún tenía los ojos pegados por el sueño, pero ya gritaba—: ¡Tres gallinas han perecido por un amor desgraciado hacia un gallo! ¡Se han arrancado todas las plumas! ¡Una historia tan asquerosa! ¡No quiero callarla! ¡Que se difunda por todo el mundo!

—¡Que sí, que sí! —chillaron los murciélagos, cacarearon las gallinas, gritó el gallo—. ¡Que sí, que sí!

Y la historia se difundió de patio en patio, de gallinero en gallinero, y llegó finalmente al lugar de donde había partido.

—Cinco gallinas —se contaba aquí— se han arrancado todas las plumas para mostrar cuál de ellas estaba más flaca por amor al gallo. ¡Luego se picotearon unas a otras hasta la muerte, para vergüenza y oprobio de toda su estirpe y perjuicio de sus dueños!

A la gallina que había perdido la pluma ni se le pasó por la cabeza que toda esta historia iba sobre ella, y, como gallina en todos los sentidos respetable, dijo:

—¡Yo desprecio a esas gallinas! ¡Pero de éstas hay muchas! Sin embargo, no se puede callar sobre cosas semejantes. ¡Y yo, por mi parte, haré todo lo posible para que esta historia llegue a los periódicos! ¡Que se difunda por todo el mundo: esas gallinas y toda su estirpe lo merecen!

Y en los periódicos realmente imprimieron toda la historia, y esto es pura verdad: ¡de una sola pluma no es nada difícil hacer cinco gallinas enteras!